

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO I

SEPTIEMBRE DE 1924

NÚM. 6

Dr. Eduardo Moore

La mujer de ciencia

(Conferencia pronunciada en la Universidad del Estado, el 17 de Octubre de 1923).



AS alumnas estudiantes de Medicina han querido formar un Centro con el laudable propósito de apoyarse mutuamente, de conocerse entre sí y de progresar en sus estudios; han deseado ser auspiciadas por su Alma Mater—la Universidad—y por el apoyo moral de sus Directores Honorarios entre los cuales se honra el que habla; han pedido que uno de nosotros dé a conocer, ante la opinión, la creación de este Centro y esa es la razón de esta Conferencia. La Facultad de Medicina, que se ha inspirado en crear una extensión universitaria también me autoriza para dirigirlos la palabra.

Leocadio Hearn, irlandés, descendiente de celta y de griega, profesor de inglés en la Universidad de Tokio, donde residió largo tiempo, casado con japonesa, escribió un libro sobre proyectos de interpretación del alma japonesa. Y no creyó alcanzar a comprender al alma oriental. ¿Podría, preguntó, cualquier observador interpretar el modo de pensar, la mentalidad de la mujer de cualesquier país? Quizás pudiera comprenderse los sentimientos de una madre—que orienta, y su recuerdo se tiene siempre vivido en sí mismo,—que tanta influencia ejerce en los actos que han formado la vida;—podría interpretarse el sentimiento de una hermana, las dulzuras de las propias hijas, de la esposa; pero muy poco más.

El autor de «La Educación de sí Mismo», doctor Paul Dubois de la Universidad de Berna dice: «El médico, el más íntimo de los confesores, comprueba

cada día que sus condiciones se ensanchan cuando se pone a profundizar el alma humana». Son los médicos los que estudiando la mentalidad de la mujer, en sus distintas actividades, y sobretodo en sus clientes, los que pueden interpretar el alma femenina. Con más razón, la mujer que estudia medicina será la que puede conocer a otra mujer. Las que no estudian ciencia, crecen, viven, se desarrollan y mueren, experimentando las ternuras de su madre o de sus hijas, la amistad de sus hermanas y de alguna que otra de sus relaciones, sin poder jamás entender el alma de las demás mujeres.

El hombre que, en sus relaciones sociales, trata en salones a la mujer, a la novia, a su esposa, hijas, hermanas y relacionadas, tampoco conoce a la mujer.

Mientras tanto el médico cada día aprende a conocerla más y más, y cada vez se asombra de aprender, y pasa de un asombro a otro, al oír las confidencias de sus clientes, preguntándose a veces si él sueña. «Si traicionase sus secretos médicos, dice Dubois, no sería creído o, a lo menos, lo tacharían de exagerado».

No nos extrañemos, pues, del absoluto desconocimiento que se tiene de la mentalidad femenina, a la que se eleva a veces a los cielos, como lo hizo Aristóteles,—que rindió un culto de Diosa a su esposa en su tumba—a punto de exponerse a ser condenado a muerte por sacrilego, o Augusto Comte, que comprendió la inteligencia, la colaboración de la mujer; y otras veces al suelo, como lo hicieron los misógenos, Mœbius y Schopenauer, que las relegaron a la condición más infeliz. Son novelistas los que hablan sobre la mujer, los que por adquirir fama o adquirir dinero, pintan a una mujer rara, porque en la singularidad de los relatos está lo que hoy día se llama originalidad; escriben como les ha ido en la feria, o lo que dice la chismografía o su imaginación. En los Biógrafos se vé lo que más interesa al público y no la verdad real. Y la mujer, cuando escribe sobre ellas, no está capacitada para comprender otros matices de la sensibilidad e intelectualidad femenina que los que ella posee. Pero si esa mujer estudia las funciones de la vida, la magnífica estructura del cuerpo humano, las funciones cerebrales, y si ella lee en el alma sincera—como es la de la doliente—entonces puede interpretar el alma de las de su sexo.

El médico, y en especial la mujer dedicada a la Medicina, estudia la psicología de la mujer desde la que vive en la choza, en el campo, o en los conventillos de la ciudad; de la mujer con todas sus inquietudes; sigue a la que se inicia en su primer amor y hasta que llega a ser madre; a la hija que se desarrolla; a las hermanas, a las maestras como a las monjas y si además tiene el honor de ser la formadora de un hogar, se deduce que la mujer de ciencia es la más preparada para conocerse a sí misma y a sus congéneres, y es la más preparada, entre todas las mujeres, para ser la verdadera cuna de la humanidad.

Si la sociedad, sean gobernantes, políticos o sociólogos no comprenden a la mujer no es por culpa de ella: está cohibida por la falta de iniciativas a que la ha reducido el hombre, por la ninguna libertad en que desarrolla su espíritu, con el prejuicio que no es habilidosa ni capaz de pensar como el hombre. Tampoco los inquilinos de los campos, se manifiestan tal como su naturaleza les permitiera desarrollarse; sin embargo admiramos sus salidas geniales, su profundo buen

sentido y la facilidad con que hacen ganar dinero, a sus amos; y observadores con libertad de pensar, sin sugerencias previas, han demostrado que cuando los inquilinos han sido liberados de tutelas, y bien alimentados y han adquirido independencia económica, resultan grandes patriotas y padres de genios, si es que ellos mismos no han probado ser hombres de criterio superior. Así la mujer, que vive tiranizada por el temor infundido por sus padres, por el peso del prejuicio, educada con tal deficiencia que no obtiene la instrucción que le daría razón fundamentada a su virtud, apagada, educada—por lo menos en nuestra sociedad—contra viento y marea—oyendo aún apóstrofes de «muy sabida» de «pedagoga» y otros denuestos, esa mujer y las hijas de ella y las descendientes de esa extirpe serán pusilámines, apocados, sin fe en sí mismas, incapaces de luchar por la vida y sin dejarlas que comprendan el gran rol que desempeña en la formación de la raza. Tiene todo lo que le dan los instintos, pero carece de la adaptación al medio ambiente que es la tercera condición del carácter, porque en verdad no tiene un medio ambiente adecuado. Colocamos a la herencia como el primer factor que determina el carácter, y la herencia le es desfavorable, porque desde la más remota antigüedad se hereda la creencia trasmitada de padre a hijo que la mujer es inferior al hombre y ella se ha habituado a creer que es así. La educación, el segundo factor que determina la formación del carácter, no se le suministra porque únicamente se le da instrucción. Si estos tres únicos factores apenas influyen en la mujer, no nos extrañemos de que se considere al sexo femenino como otro reino distinto al de los hombres. Concordando con mi profunda convicción creo que ellos, al dictar las leyes y con su aplicación creando las costumbres, han dictado lo que cuadra a sus beneficios, goces y placeres, dejando a un lado la equidad y recluyendo a la mujer a un rincón de donde sacarla cuando les convenga. No han hecho leyes derivadas de las costumbres, que serían perdurables.

Al recorrer los claustros de la Escuela de Medicina y los patios de los Hospitales de enseñanza, se observa que las mujeres estudiantes, recorren tímidas, se arrinconan en los asientos, buscan los lugares que les dejan en las aulas, contestan a sus Profesores como un reo ante el Tribunal, sin tener libertad para darle desarrollo a su inteligencia y contribuir, a la par que sus compañeros, al mejor progreso de sus estudios. Esta situación debe terminar, y el Centro de Estudiantes de Medicina quiere reaccionar, y trabaja por una evolución de equidad y de justicia en la que acompañan alguno de sus Profesores con toda decisión. Pero quieren probar además que también son mujeres, y muy femeninas y que respetando las verdaderas cualidades del hombre, desean ellas que se les respete, y se les reconozcan sus verdaderas cualidades de mujeres: ser mujer de ciencia no excluye a que sean muy femeninas. Por eso es que el día de hoy en el que sale a luz una nueva corporación cultural, es un día histórico.

La primera vez que en Chile se ha formado un Centro Femenino de Medicina, (pues las tentativas anteriores de agrupar Doctoras no llegaron a formar una Asociación) debe dejarse establecido que sus miembros quieren probar que lo trivial y lo rutinario, no existe como una característica de la mujer, sino de todo ser que vive aislado; se ha probado que cuando los hombres viven también confina-

dos se hacen rutinarios e intrigantes. Las socias de este centro han empezado por desterrar la palabrería en sus reuniones, para obtener resultados prácticos de sus discusiones, han suprimido los estatutos, o constituciones, reglamentos y demás cosas inútiles; cada acuerdo de la mayoría forma una ley hasta la próxima sesión,—que si por utilidad ese acuerdo perdura,—por él gobiernan sus actos y si se han convencido que no sirve a sus ideales lo modifican por otro: el acta de sus acuerdos es su constitución. Si todos los miembros del Parlamento tuvieran como ideal el bien público, las leyes servirían, y cuando puestas en uso no realizaran el propósito buscado se cambiarían por una nueva ley. Más vale hacer numerosas leyes y borrarlas cada vez que no sean útiles, que no dictar ninguna o dictarlas en largos plazos lo que es igual. Las demás Asociaciones Nacionales se constituyen para llenar los puestos, para dictarse una constitución en que los artículos y los incisos son discutidos hasta la saciedad, y después vienen los reglamentos, el más hablador—el que maneja más pomposamente la verboza lengua de Castilla—o el que histéricamente grita más fuerte ese es el *leader*, y este es Presidente, Vice, Secretario, Tesorero, dispone de la orientación social, ahoga a todos y cuando toda la palabrería vaciada para dictar los estatutos se ha agotado y ha querido ser el único inspirador moral, intelectual y material, mata y concluye la sociedad, dejando ante sus socios la desunión, el desapego y sentimiento de honda rivalidad. Las alumnas han tomado como norma en sus escasas discusiones considerar que toda refutación no es contradicción, que refutar es ayudar a construir y no a destruir.

• • •

La evolución en bien de la mujer vendrá y su mayor impulso será dado por la mujer de ciencia en forma serena y convincente, como es la característica de la ciencia: ellas saben que la ignorancia es la mayor desgracia que puede caer en la humanidad y que en las dulces ignorantes se ceban los libertinos.

• • •

Si el hombre se adapta al medio ambiente, y cuando el medio no le es favorable, hace que el medio se le adapte; es un factor industrial, a su vez, la mujer ha creado el hogar, ese medio social que da la estabilidad de la comunidad; es el factor moral.

• • •

El amor que todo lo crea ha formado la madre, la que con abnegación, con entusiasmo infinito, con valor sobre-humano cría, alimenta y educa a su hijo: la madre, pues, es la primera pedagoga, es también la primera mujer de ciencia, ella es la artista que ha esculpido al niño, y enamorada de su obra, presciente y aprende la manera de cuidar al hijo, de formarle el carácter, de enseñarle el amor

a su padre; el niño cuando ha saciado su hambre se extasia jugueteando con su madre: después con el padre, con los hermanos, con la nodriza; ha nacido pues del amor maternal, el paternal y el filial y se deriva de él el amor a los hermanos, a los vecinos, a los habitantes de su ciudad, a los de su raza, es decir el amor patrio. Quién desee mejorar la raza, educarla en grandes ideales tenerla sana y mantener vivo el amor patrio debe pensar que la primera maestra, la más grande educadora es la madre.

• • •

Si la madre estuviere instruida en los conocimientos de Fisiología, y de su aplicación, la Higiene, y de las exageraciones de las funciones de la vida, las enfermedades, entonces esta gran pedagoga, que es enfermera, monja de caridad y sembradora de virtudes, la madre, llenaría su altísima misión en favor de su hijo, y de los otros hijos de otras madres, produciendo más bienes que los que puede esperarse de todas las leyes de instrucción primaria y Códigos de Sanidad.

La mujer de ciencia es la verdadera madre del futuro. Don Antonio Ramón Cajal el gran sabio español, premiado por el premio Nobel, en una de sus tantas y variadas conferencias, decía que deploraba que en España, no se entusiasmara a la joven a estudiar ciencia, porque él distinguía a tres categorías de mujeres: la linajuda, la rica y la hacendosa. Que un hombre útil a la sociedad y en especial un sabio no podrá aceptar a la primera como compañera de su hogar, pues mientras él trabaja o investiga, ella, la linajuda, no tendría tiempo sino de ocuparse del almanaque de Gotha, o de visitar gente de alta alcurnia; que la rica se destinaría a conciertos, automóviles, alhajas y comprar pieles y otras actividades; pero ya que desgraciadamente no podría elegirse a la mujer de ciencia—que en otros países—ha acrescentado el brillo de los sabios y de la ciencia, debería contentarse en España con la hacendosa, mujer de ciencia al natural, y lista para asimilar e interesarse por todo lo que la ciencia y al progreso concierne.

• • •

Los que no atribuyen mentalidad a la mujer, aducen que ella no tiene genio, pero no niegan que ella ha engendrado a los genios; y el estudio nos demuestra que la primera célula origen tiene tantos cromosomas femeninos como masculinos, la mitad pues—a lo menos—corresponde, de ese genio, a la mujer.

• • •

Dicen que no puede manejar sus intereses ¿y quién sostiene la economía del hogar? ¿quién modela la vida íntima, educación, alimentación? Y pueden, sin embargo, manejar su fortuna y la de sus hijos los que juegan, beben y dilapidan!...

• • •

Pueden elegir ciudadanos, los que venden sus votos, los bebedores, pero no puede la que como leona defiende sus hijos, sus intereses, la que forma, cría y educa a los futuros ciudadanos. Se dice que es susceptible, que es veleta; pero olvidan que ese aparato señala la dirección del viento, y quién varía es el viento que empuja a la veleta; ella, la veleta, la mujer no cambia, él, el hombre, el viento, cambia.

• • •

Observemos la acción de tanta mujer en la Historia; Juana de Arco, Isabel la Católica, Madame Curie; sin ir tan lejos vemos que las Directoras de Liceos, administradoras de obras de beneficencia, etc. se desempeñan con talento y con acierto.

• • •

Tener corazón en el hombre, es tener coraje; en la mujer significa tener ternura, y esta es su superioridad. El hombre es orgulloso, quiere predominar; pero la mujer, si tiene vanidad, es porque quiere agradar. Es mejor tener la preocupación de agradar, porque este afán lleva a la perfección, crea la estética y el arte de la moda, que es una industria.

La industria, nació en el hogar, la creó la mujer para servir al hogar, el hombre la aprovechó, la sometió a la mecánica y obtuvo beneficios.

• • •

El instinto de la felicidad, el más fuerte de los de la especie humana, humaniza el hombre, pensando en la mujer; si busca dinero es para formar un hogar, para cuidar, educar y dar bienestar a sus hijos. Para la mujer el sentido de la felicidad reside en el amor; y sus lujos, sus encantos, el deseo de ser considerada, es para dar renombre a su hogar, bienestar a sus hijos, y recibir de su esposo el apoyo, el cariño, la exclusividad; el amor, y sólo este gran sentimiento, y concebido elevado, sincero, por sobre lo terrenal, «el amor es el alma de la naturaleza» Platón. Cuando la mujer ve que puede apoyar su cabeza en un pecho amigo, que tiene una otra parte de su propio ser a quien confiar sus cuitas y faenas, que es correspondida con los mismos sentimientos que a ella la embargan, entonces ha realizado su felicidad. El fruto de ese amor es una consecuencia, es la cristalización de su felicidad, su ídolo, su Dios: es engendrado por el ser que ama; por ellos ha nacido el hogar: la mujer ha estabilizado la sociedad. Comprende su gran rol intuitivamente, y entonces todo lo que contribuya a dar brillo a su hogar, dinero, hermosura, virtudes, lujo, todos estos adyuvantes no le son indiferentes, y unida a su esposo, colabora de conjunto, pero aconseja, vigila, economiza, defiende.

Sin la mujer, el hombre tendería al retroceso; ella lo afina, lo endulza, le lima las púas, le debilita sus impulsos combativos—que hay que aminorar den-

tro de la disciplina social, sin la cual, todo sería un match de box,—le refrena sus tendencias poligámicas; lo hace más humano con los humanos y hasta con los brutos. Ella da la fama del hogar, ella sostiene las relaciones, da el tono de delicada cultura. Pero por encima de todo, perfecciona a sus hijos, en la salud, en la moral, y en la instrucción aún cuando ella no la haya conocido. Es pues, la mujer—y digámoslo muy alto por lo que a Chile concierne a lo menos—el factor más poderoso de selección, de regeneración de la raza. Ella silenciosamente, en el hogar—y así en todos los hogares—es la abeja que fabrica la miel, la que dá sólidas enseñanzas morales a sus hijas, que sabe serán futuras madres; a sus hijos que desea sean los verdaderos futuros ciudadanos,—los que van a regenerar a nuestra raza—porque la corrupción de los politiqueros, empuja más los males por venir sin divisar la tempestad que se cierne.

Las mujeres quieren hijos patriotas, y si hoy por voluntad de los hombres, las madres de héroes, de genios y de los ciudadanos no pueden elegir a los mejores ciudadanos en las urnas, es porque para ellos aún nada importa la moralidad como factor de elegir: ellas habrían elegido lo selecto entre lo selecto, el representante del ideal, los más justos, lo más moral, lo más patriota, el que desplegara mayor espíritu cívico. Ellas piden orden, respeto a la autoridad constituida, no entienden de la palabrería inútil la renovación de valores: la mujer de ciencia sabe que es una ley biológica la que sólo el cerebro comanda, a los músculos que nos mueven, a los sentidos que nos ayudan; que el cerebro nos dirige para procurarnos la armonía material y espiritual, y que sería imposible la marcha de un organismo, si al mismo tiempo mandaran otros órganos. Sabe también que si el cerebro consciente trabaja, hay cerebros inconscientes, para nuestros sentidos, que presiden el trabajo del corazón, el cual va a alimentar el cerebro—impulsando la sangre. Así también, una fuerza inconsciente, al parecer de los hombres, toma una parte muy activa en nuestra vida nacional, es la opinión pública, que forma una alma colectiva—conservada en los hogares y en los que la mujer es la autorizada guardiana.

• • •

La mujer tiene instinto constructor: la industria es de origen femenino. El hombre tiene más desarrollado el tipo destructor: las artes de la guerra.

• • •

El amor por aquellos que dependen de nosotros, los inferiores, está más desarrollado en la mujer, que posee la ternura en alto grado; también le pertenece el amor a sus superiores, la veneración, que exigiendo mayor respeto, le es más fácil a la mujer que siempre ha convivido con la obediencia, y con la admiración. El amor para con los iguales es propiedad de quien posee como cualidad innata la simpatía, la ternura, la bondad.

• • •

La pureza es dote natural en la mujer, no es un esfuerzo; así no conoce, le repugna la pornografía, y le hiere en lo más íntimo de su ser todo lenguaje grosero.

• • •

El hombre, no podría vivir donde no existiera la mujer, aunque no fuera sino para contemplarla y ser inspiradora de sus trabajos. Así recordamos que en su gran exploración polar Nansen, dice que durante los tres años de vivir en el hielo, el odio mutuo que se inspiraron los hombres, entre sí, fué tal, que cuando abandonaban el buque en las mañanas, para tomar un ejercicio, todos al salir del buque se dispersaban en dirección de los cuatro puntos cardinales, para no encontrarse, para no hablarse el uno con el otro. En las guerras, cuando los militares se ven obligados a estar lejos de la sociedad femenina, no se pueden tratar, no se toleran. Un solterón, es el más triste de los seres, y cuando no tiene una ocupación muy altruista y es ayudado en su obra por la mujer es un ser intratable. En cambio, la mujer, puede pasar sin el hombre y por eso la vemos que existe con tanta abnegación cuando es monja, profesora, Directora de obras de beneficencia.

• • •

Los grandes pensamientos vienen del corazón, y como es, precisamente la mujer más sentidora que el hombre, era de esperar que los más grandes productos de la inteligencia deberían venir de la mujer; si no los observamos es únicamente porque no se le ha permitido que su mente trabaje con la entera libertad que para sí la desea el hombre. La función crea el órgano; si no han usado las mujeres ni la atención ni la reflexión, para fijar los puntos que hay que observar, ni se las ha interesado en que graven ciertas ideas no pueden pues producir igual al hombre. Pero los que columbran en ellas el sentido de la intuición, que el hombre no posee, el que sabe que todo impulso o deseo crea un sentimiento, y que los sentimientos están más desarrollados en la mujer que en el hombre, por lo tanto las acciones deberán ser más completas, más sentidas, más perfectas en quien hay más sentimientos, es decir en la mujer; con esta cualidad se tiene más voluntad, más carácter. Lejos de estar destinada la mujer a crear pocas obras intelectuales, está construída, ella, la creadora de vida, a crear también producciones intelectuales y quizás si a producirlas más perfectas y sensibles, más humanas, más estables, más utilitarias y más idealistas que las emanadas del hombre.

• • •

Existe en la mujer un altruismo innato, y esa condición es la base de su enorme influencia social: encontrará en ella apoyo el débil, y no la teme el fuerte.

• • •

Si la mujer tuviera inferioridad mental, entonces también los hombres la tendrían porque los caracteres se heredan, y todo hombre es mitad mujer y entonces, a lo menos, la mitad del hombre sería inferior.

• • •

La mujer ha sido creada con timidez con un pánico espantoso. El hombre—por su actual mayor libertad y mayor fuerza física—es el que tiene mayores aptitudes para modificar el medio material, y la mujer para modificar el medio moral, pues vive más en lo afectivo, vive más con los seres íntimos. Pero otra cosa sería si la mujer viviera en contacto con el mundo; entonces sería tan capaz como el hombre. Hoy por hoy la mujer apenas conoce al hombre, por eso es tan engañada. Ella nace, crece, muere y el número de individuos con los cuales ha tenido que tratar es tan reducido, que en verdad nada conoce con respecto al alma masculina: conoció a su padre, a sus hermanos, a su esposo, a sus hijos.

• • •

Se ha hablado mucho de las relaciones del peso del cerebro del hombre en relación al de la mujer. Pero si se toma en cuenta la relación con el peso total de todo el cuerpo, siendo pues la mujer de menos peso, se observa que el cerebelo pesa un poco más en la mujer, y el lóbulo frontal muy poco más en el hombre. Pero aún en este caso, el almacenaje de las ideas puede grabarse lo mismo en células de menor volumen, así como una fotografía puede imprimirse en un cartón más grande y la misma en otro cartón de menores dimensiones. Grandes pensadores han tenido cerebros medianos, e idiotas grandes cerebros.

Por otra parte nadie ha podido medir el volumen total de la suma de células cerebrales en ambos sexos, la materia que *engrama* las ideas, comparada con la materia de sostén, que no entra en lo que ocupa el psiquismo.

• • •

Si el hombre tiene la facultad de crear, combinar, descubrir que visiblemente la ostenta, es porque siempre aceptó ideas en su cerebro, que al ser representadas con repetición formaron el deseo de crear y el impulso de ese sentimiento, dando como resultado la acción, la creación. Y como su gimnástica de razonamientos lo educó pesando el pro y el contra, también almacenó ideas—razones. Para que la mujer, escultora de la creación, pudiera en el terreno intelectual también producir obras intelectuales, hubiera sido necesario que se la instruyera, se la interesara en ideas que almacenar en sus células cerebrales, las que transformadas en sentimientos, modificadas por la inteligencia pudieran dar como resultado una acción, una creación.

Y esto no ha acontecido así; ha aceptado, y le han presentado un grupo determinado de ideas; y a pesar de todo, la ciencia, día a día señala nuevas mujeres geniales.

Pero el poder de recepción, de comprensión y de reproducción es igual a hombre, y con esta ventaja: que en la escala de hombres y de mujeres mediocres son más torpes los hombres. Falta dar a la mujer la calidad de materias para que lo que recibe en su mente lo comprenda y lo reproduzca, y sea el material mismo que ha servido al hombre para igualar a su imaginación creadora.

También en la esfera del sentimiento el uno completa al otro, ambos son muy apasionados. Las pasiones del hombre son más violentas y más groseras y más pasajeras. Los sentimientos de las mujeres son más elevados, más delicados, más duraderos, de matices más finos, estéticos y morales. Lo mismo en la construcción de un edificio, al lado de la piedra tosca y la arena áspera que dan solidez, existe el cemento plástico, que une, modela y consolida.

La voluntad es superior en la mujer—¿Creen Uds. que si la mayoría de los estudiantes en la Escuela de Medicina hubiera sido de un 95% de mujeres, el 5% de hombres, restantes habrían formado un Centro Masculino de Medicina y solicitado la Universidad para su inauguración?

• • •

La mujer se ha habituado, a igual que el esclavo, el soldado, el inquilino, a considerar normal su situación de gran inferioridad, ante el hombre, cuando debiera formar parte de la dirección en el hogar, tal como no es un deprimido un Vice-presidente de sociedad, o un Delegado de Escuela con respecto al Rector, que son como colaboradores autónomos en sus repartimientos, y todavía esta dependencia no es absoluta, ni en todo orden de ideas.—Es menester desentenderse de la rutina, o tendencias o costumbres arraigadas de la humanidad, que las juzga sólo objetos de placer; lo que no ha sido desarraigado en dos mil años. El progreso ha sido en las ciencias no en los hábitos—Hoy mismo existen cerebros al parecer ilustrados que confunden la instrucción y educación de la mujer, con las tendencias a imitar al hombre, temen que ella pierda sus gracias, sus encantos—adornos que cree le pertenecen a sus sentidos exclusivamente—, y hasta dicen que no tienen sexo las estudiosas—Y yo me pregunto ¿si Aristóteles, Dante, Galileo, Newton, Leibnitz, Napoleón, Pasteur, Ramón y Cajal, que llenaron su cerebro de ideas, de obsesiones, produciendo relámpagos de genio eran asexuados?

Los que conocen a la mujer, y muy especialmente el Doctor Paolo Mantegazza, senador romano, no toman en cuenta el espíritu masculino, de la mujer-hombre, amiga de variar en el matrimonio, divorciándose amenudo, como algunas de las mujeres de un país del norte. Esas son así, medias mujeres, no por estudiar, por ser de ciencia, nó; sino por un exceso de consideraciones que los hombres les han discernido, abusan de ellos porque dominan, así como el hombre abusa donde él domina.

Pero las mujeres, entre las que descuellan las descendientes americanas de pueblos latinos y especialmente las sud americanas, dice Mantegazza, sean comu-

nes o sean mujeres de ciencia sobresalen como hermosura de cuerpo y de alma a todas las demás mujeres.

* * *

Bajo la protección física del hombre que comandará, ella Jefe de Estado Mayor, dará la protección moral. «Es la directora de la familia, sin ruido dice Forel, y el hombre no es sino exteriormente el señor y amo de los fuertes músculos; hace gala de autoridad, pero la tenacidad, la perseverancia, la elasticidad, la justicia de la causa dan el verdadero comando a la mujer, porque el hombre impulsivo y violento en sus resoluciones, irresoluto, cede fácilmente».

* * *

La mujer tiene un juicio intuitivo o subconciente que le permite descubrir una verdad general y aplicarla, con solo lo que ha aprendido por sus propias observaciones; y esto lo hace sin tomar en cuenta las ideas abstractas; el sentido de la intuición dá una gran superioridad que pone en servicio de su propia protección y de su hijo.

* * *

El hombre y la mujer se completan en el conjunto; ni aquel puede abandonar su fuerza muscular que protege a su familia, ni esta sus variados matices morales-estéticos e intelectuales propios de su carácter de madre.

* * *

Todas las ocupaciones que semejan al papel de madre como enfermeras, maestras de escuela primaria para ambos sexos, directoras de establecimientos de caridad, de beneficencia o enseñanza, son propias—casi exclusivamente—de la mujer.

El papel de médico tiene mucho del altruismo, de los sentimientos de caridad, de piedad, de bondad que caracteriza a una madre; por eso es esta noble profesión compartida también con la mujer, es signo de un gran progreso y de beneficio para la colectividad. Las madres, y sus hijas especialmente, obtendrán un gran beneficio al poder consultar a una Doctora que sabe interpretar sus dolencias y su mentalidad.

Salas de Hospital con pacientes mujeres; dispensarios (que deben multiplicarse en el país) maternidades; crèches; gotas de leche; casas de expósitos; enseñanza a enfermeras, mujeres en Asociaciones de Cruz Rojas; propaganda en centros femeninos y muchas otras actividades se están reservadas a las futuras doctoras en Medicina; sin olvidar que en las ciencias de investigación, y de aplicación, las puertas son anchas, y ya algunas descuellan con brillo tanto en la ciencia pura en la enseñanza médica, como en el ejercicio de la profesión.

* * *

Hemos hablado del solterón en son despectivo, porque no busca a la mujer sino al objeto de placer, por lo general es también avaro. La solterona en Chile—no es globe-tralfer—es una alma abnegada, segunda madre de los hijos de sus hermanos, la ecónoma de su hogar, la enfermera de los ajenos, es *altruista* y generosa.

• • •

Estudiar Medicina es un trabajo árduo, que exige del *alumno* contracción, abnegación, vida entregada enteramente al estudio y sacrificios sin cuento a la familia y al individuo. Para la *alumna* esta tarea es enorme, es entrar en terreno desconocido, en pugna contra su educación anterior. Cuando asistía al Liceo, estaba entre alumnas, dirigían su educación personas de su sexo. Pero hoy la dirigen Profesores y viven en contacto permanente con un compañerismo masculino, el que está acostumbrado a otras libertades, que hace sentir a sus compañeras una manera de ser a que no estaban habituadas; viven entre instrumentos de laboratorios, cadáveres, enfermos, produciendo en su mente una evolución desconocida y a la que nadie, las ha preparado paulatinamente: estudiar Medicina es para la mujer un acto de heroísmo, y por eso algunos Profesores aprecian debidamente sus grandes esfuerzos, y éste que habla por ellas, las entusiasma a perdurar en la escala ascendente de la ciencia, sin desmayar, y cuando lleguen a la meta—obteniendo su título profesional—digan «empezamos a ser útiles, no nos cohibamos y luchemos en bien de un gran ideal que nos hemos forjado: *curar los enfermos y hacer avanzar la ciencia*».

Entre las ocho o diez únicas ideas directivas que el hombre posee durante su vida, la primera, en mi fila, es la elevación de la mujer, el respeto por ella y la certeza que es lo que más vale en este paraíso terrenal y que sólo por ella y con ellas se puede realizar grandes obras «l'amour pour principe, l'ordre pour base, le progrès pour but». Mi segunda idea directriz me dice que el peor enemigo del hombre es la ignorancia, no sólo porque «siempre ella es atrevida» sino por que, con las luces se ilumina el camino, que con educar a la mujer formamos hogares educados y estabilidad nacional y que entre esas educaciones la más útil es la enseñanza de la ciencia empezando por conocerse a sí mismo, es decir, conocer las funciones de su propia vida. Cuando la mujer sabe, tiene respeto a sí mismo, se apercibe con calma y con alta moralidad de la evolución de su vida entera, y con el conocimiento de la ciencia pone un rígido guardián para acentuar más la fe, (en su religión cuando la posee), en su moralidad y comprende el gran rol a que está llamada a desempeñar como creadora de vida, como consejera de las demás mujeres y como faro que alumbra a sus compatriotas. Sabe que el contagio del ejemplo se hace en virtud de la sugestibilidad, de la credulidad humana y entonces sabe pensar aisladamente apoyándose en su conciencia; porque la mentalidad del hombre aislado, difiere completamente de la que tiene cuando está arrastrado por las multitudes en el ciclón de las ideas ambientes, cuando se desarrollan las grandes catástrofes donde dominan la estupidéz moral con el egoísmo, huelgas, revoluciones, etc.

• • •

El conjunto de concepciones morales que existen en el entendimiento de un hombre, en un momento dado, y que le sirven de guía para la conducta de su vida, es decir, lo que se llama conciencia es una facultad que reina soberanamente en la mente de la mujer. Entre los hombres se dice que alguien no tiene conciencia, que otro la tiene delicada, otro atrofiada, otro la cultiva por la educación: varía de un individuo a otro como varía el carácter, y también es distinto de un pueblo a otro, según la mentalidad; en algunos existe la probidad comercial, la probidad científica, literaria, artística, etc., en otros la moral sexual es desconocida, en Chile la moralidad malsana, llamada criterio político es negación de la moral. Pero en la mujer la conciencia es una federación que comanda igualmente la moral comercial, la moral sexual, el respeto por la propiedad literaria, como existen todos los matices de la moral; y si por la herencia, o por el medio ambiente o por la educación—tres factores que forman el carácter—la conciencia estuviera debilitada bastarán algunos consejos prudentes, las ideas religiosas o morales para que la mujer cambie.

Hemos observado en nuestras clases, que al dar lecciones sobre Deontología médica, es decir, sobre moral profesional, clases que profesamos desde hace cinco años, cuando así se estableció en el Reglamento de la Escuela de Medicina, que las alumnas prestaron una gran atención, comentando y analizando con vivo interés lo que concierne al secreto profesional y demás deberes del médico con respecto a los enfermos. Es interesante ver como se arrebatan las dos páginas en que hemos condensado un código moral, copiado de lo que rige en Francia.

* * *

Es muy común observar que los jovencuelos, son rebeldes a los consejos de sus maestros y aun de sus progenitores, y es menester mucha energía, y mucha repetición tocando los sentimientos más profundos del alma para que la idea moral se arraigue en el espíritu y rechace las ideas colectivas, extravagantes y libertarias de algunos histéricos. Sobre todo cuando se trata de la mujer, y del respeto que le es debido, no hacen sino mofas y ridículos; es menester llamarles al recuerdo que ellos nacen de una mujer, que han sido educados por ella, que es grato el respeto a su hermana, que el objeto de sus desvelos es una mujer, y que mujer será la madre de sus hijas para que los sentimientos vuelvan a la normalidad.

Eso jamás puede ser aceptado por la mente de una mujer de ciencia, y vice-versa sabe que el hombre es impulsivo, variable, áspero, débil, para estar sobre aviso y reforzar todas sus conquistas morales, y para ser benévola a fin de educarlo.

* * *

La educación de sí misma—necesidad imperiosa que debe afanarse por obtener todos los seres cultos—es la única disciplina que cultiva la mujer de ciencia, y después de muchos tanteos, de mucha observación, y de muy pocos con-

sejos y de ningún ejemplo. Porque no olvidemos que entre nosotros se empieza a instruir, pero no se educa en el verdadero sentido de la palabra. Ni los padres dan otras directivas morales, que las llamadas verdades de Pero Grullo, ni los maestros saben como abordar los problemas relacionados con la moral o con la educación, ni en los Liceos, ni en la Universidad se llama educación a otra cosa que los buenos modales, a la sonrisa, y a saberse callar a tiempo. Y pensar, señores, que la futura doctora tiene que ser una maestra ante cada cliente, un sacerdote que va a recibir todas sus inquietudes, una madre que va a consolar y siempre una amiga.

No desmayaremos nunca pues, al pedirles un esfuerzo inmenso en *la educación de sí misma*.

* * *

La única libertad que goza el hombre es la de poder reaccionar bajo la influencia de una idea, de poder obedecer a los móviles de su sensibilidad—es decir de sus pasiones—o de obedecer a los impulsos de su razón. Para luchar contra las pasiones, necesitamos un conjunto de propósitos morales a fin de que la balanza mental se incline de buen lado: sólo la educación en su sentido más amplio puede darnos esta perspicacia moral. *La educación de sí mismo*: cuando obtiene éxito nos liga a un ideal del bien; este ideal parece faltar a las generaciones presentes, porque aún la fe—que les aconseja su religión—está ahogada por las supersticiones. Resulta un malestar indecible de ese estado de alma transitorio. «Lo que le falta al hombre, dice el profesor Dubois, es una fe en un ideal de belleza moral, una atracción siempre a lo bueno, una adhesión siempre más completa a puntos de vista éticos que contribuyen a darle la felicidad sobre esta tierra, no la felicidad contingente dependiendo de circunstancias, sino la felicidad íntima que resulta únicamente de la armonía siempre creciente entre la conducta y la aspiración ideal».

* * *

La tolerancia que es una virtud que exigimos enérgicamente de nuestros adversarios, y que no la practicamos con respecto a ellos, es más fácil enseñarla a la mujer que al hombre, porque sin la tolerancia la «lucha por la existencia» observada en los animales, daría en el hombre la guerra a perpetuidad entre los individuos y esto no lo quiere la mujer. Es verdad que cuando media la simpatía todo es comprensible, porque como dice Goethe, «*toda comprensión mutua nos viene solamente por el amor*»; pero en la mujer el temor de hacer mal, el remordimiento de conciencia y los sentimientos morales priman para atenuar las intransigencias de los humanos. La mujer que crece, nace y muere en el claustro de su hogar es susceptible e intolerante: empieza por sufrir cuando no se le atiende igual a las demás; cuando se le saluda un día, con menos genuflexiones que el día anterior; cuando en las cartas con sus amigas se le dice una vez «estimada», cuando antes se le decía «aprecia

da» o «querida», etc., etc. Pero a medida que está en contacto con las demás, que sufre, que lucha, que conoce los sufrimientos y luchas ajenas, que se apercibe del goce de las demás cuando ella triunfa, a lo que ella corresponde; en una palabra, cuando se compenetra de la mentalidad general, abandona las pequenezes, lo trivial, no se hiere por los juicios ajenos, le repugna los chismes, respira una atmósfera más elevada, se hace más humana y practica la tolerancia. Es especialmente con respecto a las opiniones de los demás que se debe ejercitar la tolerancia, y es respecto a la conducta de los demás que se debe practicar la indulgencia. Ser indulgente sobre todo con las demás mujeres, es respetar la fama de las de su sexo, es elevar su sentimiento y es retirar a una presa que iba a ser devorada por los chacales. Y es aún al frente del que delinque, de la persona caída, que debe emplearse toda la indulgencia, olvidando el pasado, cualquiera que él haya sido, para no pensar sino en el porvenir, conservando, sin embargo intacto en ella, el horror por el mal, la noción ideal por el bien.

• • •

Aún cuando la humanidad en nuestros tiempos es desconocida, es un adorno sobresaliente en la mujer; ser humilde no significa dejarse humillar. Significa ser sencilla, consciente del valor de su persona sin creerse, ni aún mentalmente, superior, en forma de tratar despectivamente a las que tienen menor instrucción. Una es orgullosa del nombre que lleva, o de la partícula que precede a su nombre, sin que ella haya hecho nada para adquirirlo ni para conservarlo intacto; otros distinguen una gran aristocracia y otra pequeña y se pavonean de ella; las que tienen o recibirán una buena herencia creen que con el dinero se compran méritos, virtudes, bellezas y talentos; también las que han cultivado su inteligencia suelen tener una aparente modestia sonriéndose de la imbecilidad humana y por fin se alimenta la mujer de orgullo cuando se cree hermosa estimando que tiene méritos de todo linaje, sin darse cuenta que el mundo dice «es bonita pero ella lo sabe».

No le es permitido a la mujer de talento sentirse superior a las demás porque ella no ha hecho su inteligencia sino que ella la ha recibido. Debe usar esta riqueza, y hacerla aumentar, por el bien de todos. Primeramente dar a su personalidad el mérito que ella puede obtener, y después ponerla al servicio de los demás; desarrollar sus virtudes, las aptitudes que han recibido, marchar siempre adelante en el perfeccionamiento de su personalidad.

Esta aristocracia no despertará envidias de nadie, tampoco tiene que temer a las revoluciones. El bien moral aumenta a medida que él se distribuye, al revés de las fortunas materiales. En 1909 el Profesor de Psiquiatría Dubois decía: «Las clases llamadas cultivadas no tienen sino un solo medio para canalizar el torrente revolucionario, y es de enseñar la virtud, practicándola», y se preguntaba. ¿Es tiempo todavía? Y yo a mi vez después de 30 años, me pregunto lo mismo. «¿Es tiempo aun?»

• • •

La moderación, la sinceridad, la bondad, la suponemos femeninas: cuando la representamos en una escultura, las suponemos mujeres. Son como la moneda adquisitiva, que con ella, se compran bienes equivalentes; quienes obran impulsadas por esas virtudes son también recompensadas; la base de ella es la verdad. Quien emplea la verdad es admirada por su franqueza, su sinceridad, su lealtad, y al ser remunerada por los mismos dotes se establece en la sociedad los más elevados móviles, el más inefable de los matices del sentido de la felicidad que es sentirse satisfecha y sembrar el agrado entre los demás.

• • •

Un día en París, en el Museo Carnavalet leí un autógrafo de Alejandro Dumas, hijo, que decía: «Comment se fait-il, les enfants étant si intelligents, que les hommes soient si bêtes?—(¿Cómo se explica que los niños siendo tan inteligentes, los hombres sean tan imbéciles?) Y él se contestaba «esto es debido a la educación». Los niños han recibido la primera y única educación de su madre, después son entregados a influencias educativas diversas, a la acción del medio ambiente, al contagio moral e intelectual que produce esta deformación gradual. La Escuela nos aplasta con conocimientos que apenas en una pequeña parte podemos utilizar, sobre carga nuestra memoria y aguza nuestra inteligencia con una lógica de fierro que cree pueda servirnos de arma en la lucha por la vida. No forma nuestros juicios, no estabiliza nuestros sentimientos, por el contrario, nos da a masticar opiniones ya construidas sin enseñarnos a apreciar su justicia. Pero Uds. saben que también uno de nuestros colegas el doctor Gustavo Le-Bon, dice que la lógica,—dos y dos son cuatro—puede servir para construir puentes, pero que la humanidad no se gobierna sino por impulso de los sentimientos, y una acción moral es el resultado de un sentimiento, el cual sin embargo puede ser modificado por la razón.

• • •

SEÑORITA PRESIDENTA DEL CENTRO FEMENINO DE MUJERES:

Decid a vuestras compañeras que vuestro Pregonero, al dar a conocer que ha nacido este nuevo ser a la luz de la opinión ilustrada, os pide tener presente el siguiente proyecto para inscribirlo en vuestras *actas*: *Para lanzarse en la vida en una fuerte carrera de partida inicial, es necesario elegir una plataforma sólida y nivelada, cuyos materiales la forman los conocimientos bien adquiridos de la ciencia unidos por el cemento de la razón; esta terraza soporta todos vuestros esfuerzos y al correr sobre ella estáis alumbrada por el cielo en donde brillan los consejos de vuestra madre, de vuestra conciencia, de los códigos morales de la sociedad, de vuestra fe que no excluye ninguna de vuestras creencias, y lanzaos con energía en carrera vertiginosa, con la frente alta y la mirada fija, al camino que os conduce al través de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello.*

DR. EDUARDO MOORE.